



Mirada retrospectiva sobre «Pensamiento Medieval Hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero»

1. *Preludio*

Una mañana del pasado septiembre, último septiembre del milenio, Josep-Ignasi Saranyana, en charla amistosa, me propuso escribir unas páginas para el Anuario de Historia de la Iglesia, en plan o al estilo de un «examen de conciencia», sobre la obra *Pensamiento Medieval Hispano. Homenaje a Horacio Santiago-Otero*, de la que he sido impulsor y coordinador¹. La propuesta me cogió de sorpresa y, en pocos segundos, vinieron a mi mente pensamientos contrarios sobre decidirme a aceptarla o a rechazarla.

Me pareció, de entrada, que la obra estaba todavía bastante fresca y caliente; como pan recién salido del horno. Quizás, pensé, es demasiado pronto para poder reflexionar con la serenidad que es exigible en un juicio, sea sobre algo propio o ajeno. ¿Podría emitir una crítica sobre la obra sin animosidad, sin ese apego natural al trabajo recién acabado, sin dejarme llevar de la alegría de la recolección? Con la pregunta en el aire, me di cuenta también de que no contaba aún con recensiones críticas que me pudieran iluminar desde fuera sobre aspectos positivos y negativos, que yo posiblemente no advertiría; solamente conocía opiniones de varios colegas próximos al homenajeado Horacio y a mí mismo. Eran opiniones sinceras, desde luego, pero, al fin de cuentas, opiniones amistosas.

De otra parte, pensé que llevaba mucho tiempo invertido en la obra, que en realidad no era un fruto tan fresco como podía parecer en un primer momento. Lo reciente en ella era el estar conjuntada e impresa, dispuesta ordenadamente en dos volúmenes; pero, durante su gestación, de varios años (1996-1998), me había ido formando una idea más o menos crítica sobre el contenido, conforme iban llegando las colaboraciones. Incluso, en más de un caso, había tenido que devolver el trabajo para su corrección o cambio total, por no adaptarse al objetivo. Y con relación al hecho de no disponer de reacciones críticas, fuera de las ya aludidas de amigos, me pareció que tenía también un lado positivo, el de poder mirar y examinar la obra de un modo más personal, sin sentirme presionado, ni siquiera de un modo subliminal, para responder a determinadas opiniones críticas sobre la obra o para dar explicaciones sobre una u otra colaboración, aciertos o fallos de coordinación, etc. Se me podrían escapar muchos detalles, para bien y para mal; pero, si lo que me pedía el amigo Josep-Ignasi era, no una opinión simplemente, sino mi opinión, una autocrítica, mejor hacerla desde dentro, desde lo vivido antes, en y después del «parto», y casi en soledad.

Tanto Josep-Ignasi Saranyana como yo éramos conscientes de que sobre este tipo de autocríticas se pueden verter opiniones negativas. Se puede partir de la sospecha de que la crítica se convierta sencillamente en autobombo, y de que solamente se haga crítica en gra-

1. Editado por el CSIC. Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León. Diputación de Zamora, Madrid 1998. 2 vols., 1706 pp.

do menor. En otras palabras, se puede aplicar al caso aquel proverbio que dice: «nadie es buen juez en causa propia». Asumiendo, no obstante, el riesgo de que esta autocrítica se pueda interpretar como autobombo, más allá sin duda de mi intención, o como propaganda de la obra enjuiciada, cuestión por lo demás asumible, ambos coincidíamos en que la autocrítica puede ser de utilidad para comprender mejor la obra en su conjunto, con sus deficiencias y con sus virtudes, haciendo ver sus antecedentes, su proceso de elaboración, lo primeiramente pretendido y lo finalmente conseguido, desde dentro, desde el punto de vista del diseñador y coordinador de la misma.

En una obra individual parece obvio y exigible que el resultado final esté o deba estar muy próximo, si no lo alcanza plenamente, al objetivo propuesto. En un obra como ésta de la que aquí se trata, en la que intervienen muchas plumas, el resultado final puede, y suele, no ser tan coincidente con el objetivo inicial; incluso puede variar no poco, sin que por ello la obra colectiva pierda necesariamente interés. No digo esto para curarme en salud respecto de la obra presente, sino como tesis que acepto y que pienso se confirma en la totalidad de este tipo de obras, aunque en muchas pueda quedar como defecto (si es que se debe considerar defecto) oculto para el lector, que juzga de lo que tiene delante y lee, sin conocer que lo que el «autor-coordinador» tenía intención de ofrecerle era una obra en algo, o en mucho, distinta.

Así pues, pasados unos segundos de duda en mí, y tras una breve charla con mi interlocutor, mi respuesta fue un sí. Me sentí con el ánimo preparado, y suficientemente sereno, para poder narrar la elaboración de la obra y para emitir un juicio, quizás no desapasionado, pero sí ajustado a parámetros de objetividad, y con la pretensión de manifestar amor por la obra sin disimular defectos. De otra parte, entendía que no se trataba de entrar a especificar bondades y maldades personificadas en esta o aquella colaboración, sino de enjuiciar la obra unitariamente. De ahí que las menciones que pueda hacer a colaboraciones concretas no tendrán por objetivo su valoración científica individual, sino que serán menciones instrumentales, en tanto en cuanto son piezas válidas para cada parte de la obra. Con estas premisas, doy paso a las páginas que siguen.

2. *Proceso de elaboración*

La idea de organizar un homenaje científico a Horacio surgió en mí a raíz de la jubilación de Horacio al cumplir los 65 años de edad, en el mes de julio de 1993, conforme a la normativa entonces vigente. Por razones poco claras, en cuya consideración prefiero no entrar, pues me llevaría a desvelar situaciones de relaciones personales enojosas que no hacen al caso, no se le concedió la excepción, que sí merecieron otros varios investigadores, con méritos pero no con mayores méritos, de prolongar su vida laboral mediante la concesión de un contrato. No obstante, Horacio, ya jubilado, continuó su actividad científica con la dedicación ejemplar de siempre, gracias al apoyo de algunos colegas amigos que sabían de su devoción por la tareas científicas y se atrevieron, pese a las objeciones, a facilitarle, en lo que pudieron, la prosecución de su trabajo investigador. La ingratitud de la propia *empresa*, con uno de sus trabajadores más entusiastas, que lo había dado todo por ella, constituyó un

acicate más para llevar adelante la intención de dedicarle un libro homenaje. Hablé de mi intención con algunos colegas y amigos y aceptaron la idea con gran entusiasmo. Cuando lo puse en conocimiento de Horacio, me manifestó su alegría y gratitud; era un momento en el que necesitaba sentir cercano el afecto de los amigos y el apoyo moral y profesional de los colegas. Razones varias de oportunidad me movieron a posponer el comienzo de las gestiones pertinentes hasta unos años más tarde.

Y sin otro bagaje que el entusiasmo y el apoyo de unos pocos hacia finales de 1995 me lancé a la aventura y puse manos a la obra. Es cierto que no desconocía del todo el peso que estaba echando sobre mis hombros, pues años atrás había colaborado con el propio Horacio en la miscelánea homenaje a Pedro Sainz Rodríguez y había aprendido algo de los sabores y sinsabores de este tipo de trabajos, pero ahora se trataba de asumir la responsabilidad principal. Finalizado el proyecto, y llegado a buen puerto, todavía no sé bien cómo he podido superar todas las piedras del camino. No, ciertamente, piedras de los colaboradores, que se han comportado magníficamente y para los cuales sólo tengo palabras de agradecimiento. El contacto personal con ellos, directo en unos casos, por teléfono en otros y epistolar en los más, me ha enriquecido humana y profesionalmente. Me refiero a las dificultades inherentes a la tarea misma, sobre todo de carácter burocrático, que es preciso superar, cuando el trabajo diario recae sobre una sola persona. Quiero decir que he tenido que hacer un poco de todo: cartero, ayudante y oficial administrativo, informático, archivero y hasta de correveidile de mí mismo (entiéndase en el sentido de hacerme cargo del correo en todas sus fases), amén de coordinador del proyecto. Menos mal que en momentos concretos he podido contar con el apoyo material y científico voluntario de algunas personas, a las que estoy profundamente agradecido.

Además de ese trabajo burocrático, tenía el de buscar y hallar la financiación pecuniaria del proyecto, de la que hubiera deseado disponer desde un principio en su totalidad, pero que sólo muy al final pude obtener, dando lugar a un fuerte retraso en la aparición de la obra ya impresa, a falta sólo de unos detalles relativos justamente a las entidades financieras. En fin, no creo que sea preciso insistir en más detalles; quien se haya visto implicado en obras así, los conocerá muy bien, y a los demás no les será difícil imaginarlos.

Quizás más de uno pueda pensar, a la vista de lo anterior, que corrí demasiados riesgos al no tener asegurada la financiación total de la obra desde un principio; en realidad, si hubiese esperado a tener bien amarrada la financiación, todavía estaría esperando a decidirme. Por otra parte, para solicitar ayuda económica es preciso contar con el proyecto científico bien definido en sus objetivos y en los principales participantes, de modo que antes de buscar financiación necesitaba contar en firme con colaboradores científicos. Así, pues, lo primero que hice fue redactar un escrito dando a conocer mi propósito e invitando a participar en el proyecto a colegas y amigos de Horacio, aquellos de quienes yo tenía conocimiento, expertos en temas diversos de historia cultural hispana bajomedieval. Si la respuesta era positiva, merecía la pena seguir y me embarcaría en la tarea financiera; en caso contrario, tendría que abandonar para no morir en el intento. Como yo ya suponía, las primeras respuestas fueron positivas casi en su totalidad. Luego, poco a poco, fueron sumándose otros colaboradores. En principio, puse un límite de tiempo, que yo creí razonable, para la entrega de las colaboraciones, tiempo que se fue prolongando en la práctica, y a me-



dida en que se añadían nuevos colaboradores. Mi idea primera era que la obra se acabara en el plazo de un año o, cuando más, de un año y medio, pero pronto me di cuenta de que eran plazos inasequibles. Había previsto unos cuarenta colaboradores y en poco tiempo tenía ya la respuesta positiva de más de cincuenta; al final fueron setenta y nueve. Y con respecto a la financiación, el desfase del primer presupuesto al último y efectivo ha sido también de casi otro tanto.

Cuando me decidí finalmente a llevar a cabo la obra homenaje y buscar financiación para la misma, pensé que debía iniciar las gestiones por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, institución a la que Horacio había dedicado lo mejor de su vida. Encontré una respuesta rápida y alentadora en el Director de Publicaciones de dicha entidad, así como en su sucesor en el cargo poco después, pero el asunto, como era obligado, debía seguir los trámites de aprobación establecidos. Tiempo al tiempo; la respuesta definitiva y en sentido afirmativo, como era de esperar teniendo en cuenta la buena acogida inicial, la recibí a finales de enero de 1997; pero la cantidad que el Consejo tenía destinada a este tipo de publicaciones no alcanzaba a la totalidad del presupuesto (me refiero al presupuesto inicial), por lo que necesitaba buscar otras entidades cofinanciadoras.

Siendo Horacio zamorano, me pareció obligado acudir también a la Diputación Provincial de Zamora, que respondió afirmativamente por la persona de su presidente, a la espera de concretar su cooperación más adelante. Cuando estábamos determinando el modo más adecuado, estalló un *quid pro quo* político en la Diputación que cortó las negociaciones. Cuando, al cabo de mucho tiempo, la nueva Diputación comenzó a ejercer sus funciones, me puse de nuevo en contacto. La gestión no se retomó en el punto en el que se dejó, sino que hubo que empezar de nuevo. Aunque el final fue discretamente feliz, el camino para alcanzar la cooperación con la Diputación de Zamora fue muy laborioso y retrasó mucho la aparición de la obra. En ningún momento pusieron dificultades a su cooperación; pero, a la hora de concretarla y ponerla por escrito, el asunto pasaba de mano en mano y se retrasaba un mes y otro, sin, al parecer, un responsable último que lo finalizara.

En tercer lugar, me pareció que debía llamar también a la puerta de la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León, por el carácter castellano del homenajeado y teniendo en cuenta la significación de las autonomías en el panorama socio-político actual del Estado español. Y tengo que agradecer profundamente a los representantes de la Consejería citada su respuesta positiva, su generosidad y el tratamiento rápido y eficaz dado por ellos a las gestiones de cofinanciación.

Cuando tuve en mis manos el presupuesto definitivo, me di cuenta de que las cantidades acordadas con las entidades citadas, a las que sumé las aportaciones de treinta particulares (colegas y amigos interesados en sumarse al homenaje, no sólo en la *tabula*, sino también en la *cocina*), no alcanzaban a la cifra total que tenía ante mí. Necesitaba medio millón más de pesetas. Una persona amiga, a la que acudí con el problema, y que ha querido permanecer en el anonimato, puso a disposición de la obra esa última cantidad.

Mientras tanto, los trabajos de impresión seguían su curso normal y a principios de junio de 1998, con algún retraso, que llegó a preocupar a varios de los colaboradores, que me manifestaron su contrariedad y/o extrañeza por la tardanza, la obra estaba prácticamente

lista. La imprenta quedaba a la espera de que se elaborase y firmase el convenio de cofinanciación por las tres partes intervinientes, paso previo a la obtención del ISBN y al envío de los 112 pliegos impresos a la encuadernación. Por más que intenté acelerar la firma del convenio, ésta se prorrogó varios meses, con el parón de los meses de verano por medio. A finales de 1998, justamente el día 30 de diciembre, si no recuerdo mal, se inició el reparto. En primer lugar, al Departamento de Publicaciones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, como garante primero de la publicación. El mismo día pude ver, y hojear, los primeros ejemplares, por deferencia del citado Departamento. A mediados de enero de 1999, tras unos días de parada técnica, se inició la distribución del resto de los 1.000 ejemplares de la tirada a las otras dos entidades financieras, así como a los colaboradores y subscriptores.

Evidentemente, aunque tenía alguna experiencia acerca de este tipo de obras, me vi sorprendido en muchos detalles. Y uno no menor fue el de la previsión del tiempo de finalización de la obra. Si en un principio me había hecho a la idea de que no pasaría de año y medio, pronto me di cuenta de que se prolongaría algo más. No obstante, cuando tuve en mi poder la práctica totalidad de los originales y que la imprenta actuaba con celeridad, creí que la prórroga sería pequeña. Incluso, iluso yo, así se lo hice saber a varios colaboradores, deseosos de saber si la obra estaba ya a punto. Desde el verano del 1997 hasta el verano siguiente de 1998, los plazos del atraso se sucedieron a pequeños tramos. Que si entre finales de 1997 y primeros de 1998, que si en primavera de 1998, que si en el mes de julio, que si ciertamente en octubre. Toda una odisea. Y en el medio sucede el inesperado y fatal desenlace. Una mañana de mayo de 1997, Horacio se siente indispuerto. Aun así, se levanta para acudir como otros días a su lugar de trabajo, pero se da cuenta de que no está en condiciones. Me llama para decirme que ese día no vendrá. Quedamos en vernos al día siguiente, martes 27, pero ese martes no amaneció para Horacio; a las pocas horas de hablar con él por teléfono se le paró el corazón. Una pena que no llegase a ver acabada la obra, aunque también queda el consuelo de que conociese que iba por buen camino. A raíz de la muerte de Horacio, más de uno me preguntó si el proyecto del libro homenaje continuaba adelante o si se cancelaba. Evidentemente, la respuesta sólo tenía una dirección, el homenaje seguía teniendo todo su sentido; a todos nos hubiera gustado más ofrecerle el homenaje en vida, que lo disfrutara con sus amigos y su familia (su esposa Nana, y sus hijos Fernando y Olalla), pero el sentido fundamental se cumplía igualmente; sería un homenaje y un *in memoriam*.

3. *Plan de la obra*

Desde el principio tuve muy claro que el libro homenaje no debía consistir en una miscelánea, en la que cupieran las colaboraciones más diversas, cuyo hilo de unión fuera simplemente la figura del homenajeado. Pretendía llevar a cabo un homenaje temático, aprovechar la ocasión para elaborar un conjunto de estudios que versaran sobre aquellos temas que a Horacio le habían ocupado y preocupado profesionalmente de manera muy especial, temas relativos al pensamiento y a la actividad cultural durante la edad media en la Península Ibérica. La dedicación por parte de Horacio a estos temas se muestra fehaciente y profusamente en su curriculum, y no sólo en sus publicaciones, sino también en su amplia

labor pro-científica, como organizador de reuniones científicas: congresos, seminarios, cursos, simposios, mesas redondas y como director de proyectos de investigación, como coordinador de misceláneas y editor de varias colecciones y series, como orientador de becarios y de jóvenes investigadores y como miembro directivo en asociaciones científicas nacionales e internacionales. Horacio tenía una preocupación intelectual científica que se le acentuaba más y más cada día, la de promocionar al máximo la investigación sobre la historia cultural hispana bajomedieval, por entender, no sin razón, que, sin haber sido marginados del todo por los investigadores medievalistas hispanos, sí eran temas poco estudiados, además de figurar, en buena parte, dispersos aquí y allá, en algunas revistas y actas de congresos. En su apretada agenda laboral, figuraba como gran objetivo final elaborar una historia cultural de la Península Ibérica en la edad media. Una pequeña muestra nos la ofreció en la obra *La cultura en la edad media hispana* (Lisboa 1996), por la que mereció el premio Laranjo Coelho de la Academia Portuguesa da História.

Horacio estuvo plenamente de acuerdo con esta orientación prevista para su libro homenaje, aunque se daba cuenta (y recuerdo que lo comenté con él) de que ello significaba la ausencia en el mismo de muchos y buenos amigos, colegas en la investigación científica, pero dedicados a otros temas y /o tiempos. Ahora mismo se me viene a veces a la cabeza el interrogante de si ha sido un acierto o un desacierto el haber mantenido (al menos lo he intentado) este matiz con rigor, dejando consecuentemente fuera a algunos que deseaban muy mucho colaborar con un trabajo científico en este libro homenaje a un colega amigo. Se me propuso, incluso, hacer dos secciones, una para dar cabida a las expresiones de amistad, con artículos sobre temas variados, de acuerdo a la especialidad de cada autor, y otra para los temas de pensamiento y actividad cultural. Me empeño en creer, pese a todo, que ha sido un acierto, aunque confieso que en algún momento estuve a punto de tirar la toalla. El apoyo del propio Horacio en este punto me ayudó a mantener la decisión primera.

Debo añadir otro detalle. Mi idea inicial era la de encargar una serie de visiones de conjunto sobre el pensamiento medieval hispano en diversas disciplinas o materias: teología, filosofía, derecho, política, etc., con el fin de reunir en un volumen la aportación hispana al pensamiento medieval en los distintos ámbitos del saber, junto a estudios de temas más concretos en referencia siempre al pensamiento medieval hispano. De acuerdo con esa perspectiva me atreví a sugerir a varios de los invitados el tema sobre el que podía versar su colaboración. Al ir recibiendo las respuestas, me pude dar cuenta de que era imposible conseguir dicho propósito. Incluso algunos de los que en principio aceptaron la sugerencia, luego se arrepintieron. Una realidad a tener en cuenta es que a esta clase de trabajos se suele contribuir con estudios que se tienen a mano, ya iniciados o proyectados, y no, por lo general, con estudios nuevos, y sugeridos desde el exterior, por más que se consideren propios de la especialidad de cada uno; e, incluso, interesantes. Y creo que es algo que se nota claramente en el libro homenaje a Horacio. Sí hay unas pocas colaboraciones, que se pueden considerar visiones de conjunto con relación a una temática, a una línea de saber y a una ideología determinadas, pero no son suficientes para conformar un apartado propio dentro del libro homenaje. Por todo ello, el resultado no se ajusta del todo al plan inicial, aunque se encuadra perfectamente, según mi estimación, en los ámbitos científicos abordados por Horacio en sus investigaciones.

4. Colaboradores

Me parece oportuno referirme muy brevemente a los colaboradores. Parafraseando una conocida frase, se puede decir que son todos los que están, aunque no están todos los que son. Con relación a los que no están, algunos no pudieron colaborar por no sentirse dentro de la línea marcada en la convocatoria-invitación, como indiqué anteriormente. Hubo algunos que no contestaron, ignoro el por qué; quizá, no les llegó la carta, o no disponían de tiempo o ganas y se conformaron con no contestar. Otros expresaron su alegría por el proyecto y su deseo inicial de colaborar, pero manifestaban al tiempo que la invitación les llegaba en un momento inoportuno, y que, teniendo en cuenta el plazo de tiempo previsto para la entrega de los originales, no les sería posible colaborar. Se adherían, eso sí, a la *tabula gratulatoria*. Y algunos contestaron afirmativamente, pero a lo largo del trayecto hubieron de rendirse por las muchas ocupaciones de esos momentos, personales y/o profesionales, y la consiguiente falta de tiempo para «elaborar algo digno del homenajeado», en palabras textuales de más de uno. La mayoría de los invitados están presentes en la obra.

Debo recordar de manera especial al mercedario P. Vicente Muñoz Delgado, catedrático de Lógica y Filosofía de las Ciencias en la Universidad Pontificia de Salamanca, que falleció (¡fastidioso corazón!) días después de recibir la invitación, cuando ya se había puesto a trabajar en su colaboración. Murió el 20 de diciembre de 1995 y yo le había escrito el 14 de ese mismo mes y año. El P. Antonio Vázquez, junto con la noticia de su muerte, me comunicaba que ya estaba preparando su colaboración al homenaje del amigo.

Respecto a la selección de los participantes, he anotado a posteriori algunos fallos por mi parte; no me refiero, por supuesto, a los invitados, sino a otros varios a los que no envié invitación. He sabido de más de uno que, de haber estado enterado e invitado, habría colaborado. No me queda más que confesar mi culpa. En mi descargo, puedo asegurar que no actué con premeditación ni alevosía; en todo caso, se me puede acusar de falta de conocimiento sobre esas personas «colegas-amigos de Horacio». Eran más de las que yo tenía en mi memoria. No obstante, creo que setenta y nueve es un buen número.

Por supuesto, ante todo me parece un deber primero agradecer, en el nombre de Horacio y en el mío propio, a todos los que han colaborado, por el esfuerzo realizado por el amigo y colega. En segundo lugar, también me parece oportuno dar las gracias a cuantos han querido adherirse al libro homenaje de manera simbólica, a través de la *tabula gratulatoria*, de la que me permito destacar dos nombres de gran significado para Horacio: el del Cardenal Arzobispo Emérito de Toledo, Don Marcelo González Martín, con quien le unía un vivo interés por el estudio de la historia de la teología y de las ciencias del espíritu, y con quien, pese a las distancias ideológicas, mantuvo un trato cordial en los momentos, menos de los deseados, en los que, a renglón seguido de su conocimiento en Astorga, se cruzaron sus caminos; y el de António Pedro Vicente, a quien conoció siendo éste Agregado Cultural de la Embajada de Portugal en España, y con cuyo trato quedó marcada definitivamente la trayectoria portuguesa de Horacio.

Justamente, esa trayectoria portuguesa de Horacio tiene su réplica y reconocimiento en el buen número de historiadores portugueses que colaboran en este homenaje, en-



cabezados por sus grandes amigos, Joaquim Veríssimo Serrão, Presidente de la Academia Portuguesa de la Historia y reconocido con el premio Príncipe de Asturias de Humanidades, y Manuel Augusto Rodrigues, Director del Archivo de la Universidad de Coimbra. Doce de un total de setenta y nueve suponen un porcentaje algo superior al 15%, lo que significa una representación muy notable, teniendo en cuenta que, sin contar a España, hay colaboradores de otros ocho países (Francia, Alemania, Gran Bretaña, Israel, Bélgica, Brasil, Estados Unidos e Italia), con un total de treinta colaboraciones. Es decir, Portugal se lleva el 40% (12 de 30) de la representación no española del libro homenaje, que viene a coincidir con el porcentaje que corresponde a España en el total del mismo (49 de 79).

Estimo altamente positiva esta numerosa participación portuguesa, que responde, de otra parte, al lugar que ocupaba Portugal en el corazón y en la investigación de Horacio.

Entre los que se comprometieron de principio a colaborar en el libro y que hubieron de desistir a su pesar, recuerdo, fuera del ya citado Vicente Muñoz Delgado, a Saturnino Álvarez Turienzo, Gilbert Dahan, Mikel de Epalza, Claudio Leonardi, Julián Martín Abad, Bonifacio Palacios Martín, Laureano Robles Carcedo, Nicasio Salvador Miguel, José Sanguador Gil, Francesco Santi, Juan Pérez de Tudela y Bueso. Me consta de su esfuerzo y se lo agradezco en nombre del propio Horacio, al tiempo que lamento mucho su ausencia forzada por diversas circunstancias de carácter personal y profesional, según cada caso. No me cabe la menor duda de que sus colaboraciones habrían enriquecido el contenido del libro homenaje de manera muy notable. Más aún, opino que su no participación ha supuesto carencias importantes.

Y dado que no pienso entrar en la consideración particularizada de las setenta y nueve colaboraciones, me parece de rigor dar, cuando menos, el nombre de los articulistas, de tal manera que el lector de esta autocrítica se pueda formar una idea de por dónde van las cosas. Por orden de aparición, previos el *prefacio*, la *presentación* (Joaquim Veríssimo Serrão) y la *biobibliografía de Horacio Santiago-Otero*, los actores son:

Apartado «El ambiente cultural»: Alain Guy († 7.11.98), Manuel C. Díaz y Díaz, Ángel Sáenz-Badillos, J. Targarona, Iluminado Sanz Sancho, Faustino Menéndez Pidal, Antonio Viñayo González, Etelvina Fernández González, Antonio Linage Conde, José V. Nicolás Albarracín, Alain Varaschin, María Luisa Bueno Domínguez, José Sánchez Herrero, Ana Arranz Guzmán, Pedro M. Cátedra García, José Guadalajara Medina, José María Soto Rábanos, María Jesús Lacarra, Eduardo Pardo de Guevara y Valdés, José Manuel Nieto Soria, Robert Tate, Maria do Rosario Themudo Barata, Antonio Castillo Gómez, Ángel Gómez Moreno, Vidal Abril Castelló († 1.08.99), y Ramiro Flórez Flórez.

Apartado «Escuelas y bibliotecas»: Concepción Mendo Carmona, Carlos Sáez Sánchez, Amedeu Torres, Joaquim Chorão Lavajo, Bernabé Bartolomé Martínez, Susana Guijarro González, Adeline Rucquoi, Concepción Vázquez de Benito, Charles B. Faulhaber, José Marques, José García Oro, Manuela Mendonça, Isabel Beceiro Pita, Máximo Diago Hernando, y Cristina Segura Graíño.

Apartado «Filósofos y teólogos»: Jacques Fontaine, Joaquín Lomba Fuentes, Pedro Roche Armas, Charles Burnett, Miguel Cruz Hernández, Joaquim Cerqueira Gonçalves, Ma-



ria Cándida Monteiro Pacheco, Rafael Ramón Guerrero, Maria-Leonor Lamas de Oliveira Xavier, Albert Zimmermann, Domingo Muñoz León, Miguel Lluch Baixauli, Ramón Hernández Martín, Isaac Vázquez Janeiro, José Antonio de C.R. de Souza, Charles Lohr, Klaus Reinhardt, José Luis Sánchez Nogales, Moisés Orfali, Jean-Pierre Rothschild, José Luis Fuertes Herreros, José Fradejas Lebrero, Fernando Campo del pozo, y Manuel Augusto Rodrigues.

Apartado «El diálogo intercultural»: Luis Suárez Fernández, Jacqueline Hamesse, John Tolan, Josep-Ignasi Saranyana, Alisa Ginio, Maria Lourdes Sirgado Ganho, Josep Puig Montada, María Teresa Ferrer Malloll, Sonia Fellous, Eloy Benito Ruano, Aires A. Nascimento, Carlos Carrete Parrondo, José Ángel García Cuadrado, y Fuencisla García Casar.

5. Contenido

El plan inicial, como he apuntado ya, era menos disperso de lo que el resultado final ha deparado. Se trataba de elaborar visiones de conjunto con relación al pensamiento medieval hispano en los distintos ámbitos del saber, examinando su evolución y su aportación al desarrollo de la cultura medieval occidental a través de las actividades docentes y literarias de los autores. Es decir, se trataba en exclusiva de esas tres palabras que lleva el título: *pensamiento medieval hispano*. Así pues, si el objetivo inicial se hubiera cumplido con rigor, cada colaboración habría sido un apartado, sin necesidad de otras divisiones temáticas. Esto era, en verdad, lo que yo había *soñado* y lo que a Horacio le ilusionaba plenamente. Pero pronto me di cuenta de que en efecto «los sueños, sueños son».

Se imponía la realidad. El libro reflejaría lógicamente la diversidad de dedicación de los colaboradores. Esta fue la primera lección aprendida por mí, una vez que me llegaron las primeras respuestas de los invitados. Partiendo de este punto axiomático, me propuse salvar el núcleo de la idea inicial, o sea, que el homenaje no perdiera sus coordenadas fundamentales: debía seguir siendo un homenaje temático, no misceláneo, y esa temática debía versar sobre la historia del pensamiento y de la actividad cultural hispana (España y Portugal) durante la edad media, aunque no podía cerrar ya la puerta a temas «menores». Por ello, me mantuve firme en no aceptar propuestas que a mi entender no cumplieran con estos requisitos. Se puede afirmar, por lo tanto, como digo en el *prefacio*, que «los colaboradores han ido tejendo el hilo hasta dar el acabado a la obra».

A la vista de los trabajos presentados, decidí agruparlos conforme a los temas tratados, y así nacieron los cuatro apartados de que consta el libro homenaje: «el ambiente cultural», «escuelas y bibliotecas», «filósofos y teólogos» y «el diálogo intercultural». La titulación de estos apartados no fue escogida al azar. Estimo que se corresponde con el contenido de los artículos respectivos a cada apartado, si bien no deja de ser discrecional; se podría haber ideado e impuesto otra titulación en cada caso sin traicionar la orientación de los temas, pero la titulación escogida me pareció (y pareció a las personas que consulté) la más adecuada, por ser la que recogía mejor la orientación de la actividad investigadora del propio Horacio. Si se podía cumplir con las dos exigencias, mejor; es decir, ser fieles al contenido, por

una parte, y, al tiempo, evocar con el simple enunciado de los apartados la temática que ocupó y preocupó al homenajeado. Y a falta de mejor criterio, me parece que los temas encajan suficientemente bien en sus *armarios*.

Evidentemente, la temática tratada en la obra no es más que una muestra, una pequeña muestra, de lo que cabe en el título y en cada uno de los cuatro apartados, pero considero que la oferta es buena y notablemente representativa del pensamiento y de las actividades culturales desarrolladas en la Península Ibérica durante la edad media, en conjunto.

Puesto a señalar carencias, lo primero que noto es una desproporción grande entre la temática referente a la alta edad media y la referente a la plena y baja edad media. No es necesario realizar un recuento, porque salta a la vista que la alta edad media está poco representada. Se nota incluso en los artículos, en cuyo enunciado se hace relación a la edad media en general, sin especificación de los años o siglos medievales contemplados. Priman los estudios referidos a los siglos XI-XV. No ha sido algo buscado, desde luego; simplemente, ha surgido así. Pero tiene una explicación lógica; de una parte, está en consonancia con la época medieval a la que Horacio dedicó mayormente su atención; de otra, no hay duda de que entre los medievalistas son mayoría los estudiosos de la plena y baja edad media.

En segundo lugar, tengo que insistir, a mi pesar, en que la ausencia final de varios colaboradores ha producido carencias importantes. Los doce antes nombrados, por ejemplo, son autoridades (primeras espadas, en símil taurino) en sus respectivos campos de trabajo y el hueco que han dejado no ha sido suplido por nadie. Cierto es que también aquí se puede fabricar una disculpa, en el sentido de que no se trataba de llenar, sino de mostrar simplemente. Pero, aun así, me parece que faltan algunos temas de máximo interés; estoy pensando, por ejemplo, en estudios sobre la lógica, la ética, los traductores de Toledo y de otras ciudades y diócesis, los manuscritos y primeros impresos (incunables), las órdenes militares, el agustinismo, etc.

El primer apartado, bajo el enunciado de «el ambiente cultural», se puede considerar en cierto modo como un cajón de sastre, no en el sentido de que su contenido esté desordenado, sino porque es muy variado. En él he incluido los temas que, a mi entender (y al de Adeline Rucquoi, como colaboradora en la división cuatripartita), no encajaban en ninguno de los otros apartados. No se reflejan, por supuesto, ni se pretendía reflejar, todos los aspectos que cabría, y se debería, contemplar a la hora de describir de un modo pretendidamente completo el ambiente cultural hispano medieval. Sencillamente, en este apartado se recogen los trabajos que determinados colaboradores han realizado y que afectan a ese ambiente cultural. La referencia fundamental es al ambiente cultural de la Hispania cristiana, pero no en exclusiva. En cuanto a su orden interno, en éste como en los demás apartados, he tratado de combinar la generalidad temporal de los temas con la cronología de los mismos.

El enunciado del segundo apartado, «escuelas y bibliotecas», se debe entender, no en sentido estricto, sino en sentido amplio, pues no solamente recoge los estudios relativos a escuelas y bibliotecas, sino también todos los que se refieren a temas conectados con ellas, como son los libros, los lugares y las materias de estudio y los protagonistas de la educación y de la enseñanza. No puedo menos de afirmar que me habría complacido que este espacio hubiera estado más representado; no me refiero a los que son, que están bien, sino a los que faltan.

En el tercer apartado, bajo el enunciado de «filósofos y teólogos», he recogido los trabajos sobre autores, obras y *escuelas* de pensamiento. Creo que el contenido del epígrafe responde perfectamente a su enunciado, dado que se trata justamente de pensamiento filosófico y teológico, sea cristiano, sea judío, sea musulmán, sin entrar en la polémica ni en el diálogo de unos con otros, sino en el análisis directo del pensamiento de los autores. Decir que este apartado se queda corto es una verdad evidente. Se echan en falta cantidad de nombres y de algunos grandes nombres; aunque sus nombres y sus ideas figuren incidentalmente en alguno o algunos de los trabajos, no hay estudios relativos a personajes como Averroes, Raimundo de Peñafort, Arnaldo de Vilanova, Gil Álvarez de Albornoz, Juan de Torquemada, etc. Pero, pese a las carencias, se puede decir que hay una representación muy estimable del pensamiento teológico-filosófico.

«El diálogo intercultural» es el protagonista del cuarto apartado. El diálogo intercultural e interreligioso fue siempre un tema preferente en la tarea investigadora de Horacio; simplemente por eso, su tratamiento no podía faltar en un homenaje a su persona. De otra parte, el tema es de todo punto relevante dentro de la historia cultural hispana de la edad media, razón de más para prestarle atención. Y creo que ocupa un lugar digno en las páginas del libro homenaje, con equilibrio de estudios acerca de las interrelaciones culturales y de polémica religiosa entre las tres religiones.

6. Conclusión

Hice anteriormente alusión a las opiniones sobre el libro homenaje que varios colaboradores y algunas personas amigas me han hecho llegar. Más que nada son cartas de felicitación, que aprovechan para dar un juicio global sobre la obra, y en las que tanto la obra como su coordinador salen muy bien parados. También han sido bastantes los que me han felicitado de palabra, alabando continente y contenido, forma y materia, la fachada y el interior.

Señalaré algunos pocos de esos juicios tan benévolos. Josep-Ignasi Saranyana, en un correo electrónico de fecha 16/02/99, me comunica: «El libro me llegó hace varios días. También a Miguel Lluç. Los dos estamos asombrados de la magnífica edición de la obra, en dos volúmenes, con tantas y tan buenas firmas, etc. Debo felicitarte: ha tardado, pero has podido superar todos los obstáculos, gracias a Dios. Horacio estará contento, contemplando, desde la otra vida, la fidelidad de los amigos». Mikel de Epalza, con fecha 26/02/99, me escribe agradeciendo el envío de los dos tomos «y, sobre todo, el esfuerzo hecho por obtener un tan valioso volumen, de tanto nivel científico y de interés temático tan variado. Con decirle que han sido 16 los trabajos de los que he sacado fotocopia, así como otros miembros de mi Departamento, tendrá un modesto eco del éxito que puede tener el libro en los ambientes en los que nos movemos». En el mismo tono de los dos anteriores me había escrito poco antes, con fecha 01/02/99, Iluminado Sanz: «¡Te felicito! Ha merecido la pena el gran trabajo y esfuerzo que te has tomado, así como el tiempo y, seguramente, algún disgusto, ante el excelente resultado. Horacio lo merecía y ha encontrado en ti al mejor amigo y compañero, que le has dedicado una presentación y prefacio modélicos. También porque la ma-



terialidad de la edición, magnífica, y la ordenación de la temática, coherente, resaltan una obra de las que no suelen publicarse».

A todos me siento agradecido por juicios tan benévolos, que, por otra parte, responden más al buen hacer de los participantes en su conjunto que a lo poco que yo haya podido contribuir a través de la coordinación de los trabajos. En este tipo de tareas, me parece a mí que al coordinador se le puede atribuir más justamente el esfuerzo en la elaboración que el mérito en el resultado.

En conclusión, considero que se trata de un buen homenaje y de un buen libro, cuyo mejor mérito es el de abrir un camino más para que los estudiosos de la historia medieval hispana dediquen mayor atención a la evolución del pensamiento y al desarrollo de las actividades culturales en la Península Ibérica durante la edad media, aspecto éste en el que Horacio Santiago-Otero fue un ejemplo a seguir.

José María SOTO RÁBANOS

Centro de Humanidades
Instituto de Historia. C.S.I.C.
Duque de Medinaceli, 6
E-28014 Madrid
jmsoto@ceh.csic.es